

Las primeras universitarias (I)

Dolors Aleu y Riera (Barcelona, 1857-1913): El otro viaje a la semilla.

BETSABÉ GARCÍA ÁLVAREZ es becaria FI del Departamento de la UEB. Su trabajo de investigación consistió en biografiar a la dramaturga y ensayista Rosario de Acuña y en reunir y analizar su obra completa. Ha colaborado en revistas como *Lectora* y, en la actualidad, se encuentra escribiendo su tesis sobre el discurso reivindicativo feminista en la España de la Restauración (1875-1923), dirigido por la Dra. Anna Caballé.

DOS ESCOLTAS ACOMPAÑARON a la estudiante Dolors Aleu y Riera hasta la Facultad de Medicina. Era el primer día de clase, septiembre de 1874. En julio de ese mismo año, Dolors había obtenido el grado de bachiller.

El trayecto que iba de su casa a la Facultad era corto, desde el número 69 de la calle del Carmen hasta el Hospital de la Santa Creu, ubicado en la misma calle y en la misma acera. Dolors Aleu era una joven de diecisiete años, cabello castaño, ojos oscuros y mirada despierta. Llevaba un corto flequillo. El cabello se le ondulaba en la frente y ella solía recogerse la melena con un moño en la nuca, al menos eso sugieren las fotos. Su piel parece fina y muy blanca si se la ve a distancia. Su sonrisa se inclina suavemente a un lado, y da como resultado una sonrisa que piensa. En las fotos baja un poco la barbilla al mirar, y sus ojos son francos.

Su padre, Juan Aleu, que era Jefe de la Policía y de la Guardia Municipal le había puesto a su disposición los escoltas. A pesar de que ya habían pasado dos largos años desde que la primera mujer en España tomara la iniciativa de estudiar en la Universidad de Barcelona, Dolors sería la primera en asistir a las aulas con matrícula ordinaria, o lo que es lo mismo, asistiría a clase con la misma regularidad que sus compañeros.

Entre los alumnos, ellos, pasa rozando la falda de Dolors que se dirige a tomar asiento en clase. Lleva la bata blanca que es habitual en los estudiantes de Medicina y suele, además, ponerse un gorro para cubrirse la melena. Tiene que estar atenta al profesor mientras sabe que los demás la escrutan a ella: sabe que el derecho de asistir a las aulas le es humana y racionalmente inalienable, pero civil y legalmente resulta todavía cuestionable. Sabe que cada año deberá pedir un permiso especial para matricularse y que un día cualquiera —todo depende— su carrera universitaria puede terminar de un plumazo. Conflicto intelectual y batalla burocrática que implica una dosis de valor, creo yo, considerable. Conflicto intelectual en la medida en que la vivencia íntima del propio sexo se mira en el espejo circense de una sociedad que la juzga por su falda, «Felicitamos por adelantado a los enfermos que fien la curación de sus dolencias al nuevo



Dolors Aleu, a los 18 años

doctor con faldas», como se anunció en *El Liberal*, después de licenciarse definitivamente en 1882. Se trata, al fin y al cabo, de una vivencia que echa un pulso interminable a la lógica de saberse íntimamente un sujeto intelectual y la sinrazón social del prejuicio que la parodia por ello.

Este equilibrio precario, este andar en la cuerda floja con espectadores dispuestos a probar puntería más que alguna que otra vez, como por ejemplo el periodista de *El Siglo Médico* que en 1875 dirá que «extraño es que en Madrid no se haya dedicado aún ningún médico a institutriz de doctoras», construye una Dolors que aprende, más que a luchar —como haría la mujer que la precedió en la Facultad, Helena Maseras—, a negociar. Y es que para negociar hace falta un centro firme y un carácter decidido en que sopesar ese equilibrio, como el del que sabe dibujar su lugar respecto a la frontera —nunca definida para el comerciante— entre la pérdida y la ganancia. Además, claro está, de una conciencia clara en que ganar y perder no son términos absolutos, sino relativos, y que toda ganancia, por fuerza, ha de implicar una pérdida y viceversa. Términos complementarios, al fin y al cabo.

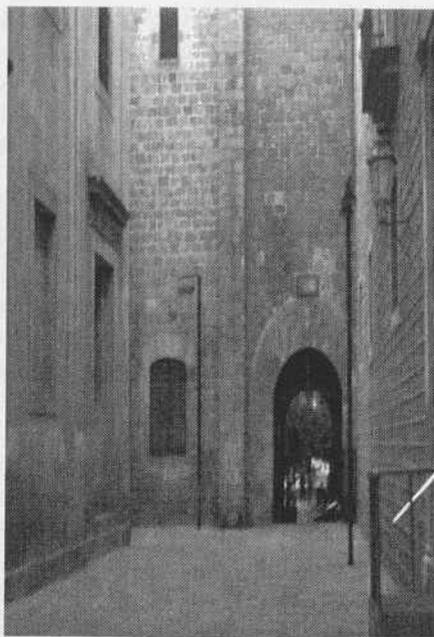
Virtud, decencia y modestia serán su moneda de cambio. Ser mujer tal y como manda la tradición y las buenas formas, no permitir el menor resquicio por el que se la pueda acusar de inmoralidad, desafiando al mismo tiempo a la sociedad al atreverse a estudiar una carrera universitaria. Aleu es una moralista convencida, de una moral nueva, moderna —y no menos inflexible por ello—. Una moral que se amparaba en el discurso científico. Así, una de sus obras muestra un título revelador al respecto. Está escrita desde la conciencia de lo que debe ser una mujer que también es médico. La responsabilidad no es otra que difundir el modelo que se espera de una madre, de acuerdo en ello con

una larga tradición de pedagogía femenina: *Consejos a una madre sobre el régimen, limpieza, vestidos, sueño, ejercicio y entretenimiento de los niños* (Imp. Ignacio Oliveres: Barcelona, 1882). Un proyecto, el de la dignificación del papel de la esposa y madre en el contexto liberal postisabelino que se debe a la implantación definitiva del modelo social burgués. Una responsabilidad que debía recaer sobre esta avanzadilla de la mujer que estrenaba el camino de la ciencia, en una conjunción entre el rol tradicional y su propia contemporaneidad que se iguala en la figura de la nueva profesional burguesa.

Pero volvamos un momento nuestra mirada un poco más atrás, puesto que hay toda una carrera de medicina que precede a su licenciatura. Ese curso, el primero, el de 1874 a 1875, no fue fácil. De pie, frente a la tensa dualidad entre lo que se me ocurre apellidar *sexualidad social*, es decir, un modo

de comportamiento impreso con el sello de la sociedad, y la propia responsabilidad como universitaria, Dolors viajaba a Valencia. 20 de junio de 1874. Tenía que asistir a una tía suya, enferma, pero no quería perder el curso. Era tiempo de exámenes. Su padre sería el encargado de escribir una carta al rector de la Universidad de Barcelona solicitando que pudiera examinarse en Valencia. Así, Dolors, cuidó de su tía, se sobrepuso a los nervios lógicos de todo estudiante que no sea un cínico prematuro y preparó los exámenes junto a la cama de una enferma. A pesar de las dificultades,

sus notas fueron —y seguirían siendo— inmejorables.



Antiguo hospital de la Santa Creu, donde hoy se encuentra la Biblioteca Nacional de Catalunya

De vuelta a Barcelona, a la casa de la calle del Carmen. Un nuevo curso, segundo año de carrera. 1875-1876. El consabido paseo. Atraviesa un año más el recogido patio de la Facultad de Medicina y se dirige al aula. Ese año, *El Siglo Médico* daría la noticia de que Dolors Aleu había sacado sobresaliente en la asignatura de Anatomía y Disección, que impartía el Dr. Antonio Formica Corsi. Es más, Dolors opta al Premio Extraordinario por sus asignaturas calificadas con sobresaliente. Su derecho tiene, y ella lo sabe.

Si el Dr. Formica Corsi fue uno de sus más entregados defensores y admiradores, no lo sería menos el catedrático Dr. Joan Giné i Partagàs. Dolors conocería desde su asiento a este personaje fundamental en la historia de la ciencia médica en España. Era un «intel·lectual de llavors» como lo recuerdan en su pueblo natal, en Cabra del Camp (Tarragona).

El Dr. Joan Giné es considerado hoy uno de los principales modernizadores de la Medicina. El Dr. Ausín Hervella, biógrafo de Giné, señala la doble vertiente de su labor. Por un lado, su insistencia en la experimentación como única vía de conocimiento médico y, por otro, su defensa de una intelectualidad refrendada por los vientos positivistas de entonces. Una perspectiva que lo enfrentaba a otro de los defensores de la presencia de la mujer en las aulas universitarias, el profesor Letamendi.

Joan Giné, republicano hasta la médula, según cuentan en su pueblo natal, no dudó en negarse a ser médico del rey Alfonso XII. El exabrupto todavía se recuerda, y es que él no sería nunca el médico «d'un físic i un podrit».¹

Intelectual librepensador, republicano burgués de vieja escuela francesa, fundó una revista con el elocuente título de *La Independencia Médica*. En la que se pueden rastrear algunos de los avances y logros de sus dos estudiantes más polémicas: Helena Maseras y Dolors Aleu. Desde su privilegiada posición Giné no dudaba en primar el discurso científico, la doctrina positivista en todo lo que se proponía. Se atrevió incluso con la literatura con fin didáctico: un cuento, *Cerebrópolis*, para explicar en clave científica y de forma asequible al público las funciones cerebrales. Había mucho mito por destruir

en la medicina de entonces según el Dr. Giné.

Dolors asiste a sus interesantes clases. Hombre cínico y crítico con su tiempo. Y me atrevo a subrayar lo de *cínico*, porque parece que lo era en sentido estricto. Cuentan de él en su pueblo natal que un día quiso comprobar hasta qué punto el mundo de las formas, la falsedad de los convencionalismos o el dominio de las apariencias –como se prefiera– incidían en la sociedad. Cómo una clase social podía determinarse por un espejismo y, a su vez, determinar el trato social que concedía al individuo, –o al mundo real–. Una noche de verano, de vacaciones, el Dr. Giné y su esposa tuvieron que alojarse en un hotel. La casa de Cabra estaba en obras. La primera noche salieron a cenar. Él vestía un traje viejo, gastado, cubierto de polvo, los zapatos sucios. En el restaurante, el camarero no les sirvió hasta que el último cliente se marchó. Comieron tristemente. La noche siguiente fue muy distinta: Joan Giné se vistió con lo mejor de su armario: de frac, camisa blanca almidonada, zapatos brillantes y sombrero de copa. El camarero tardó muy pocos minutos en acercarse y en disponer mesa y cubiertos. El Dr. Giné dispuso su comida, que tardó poco en llegar. Ya con el plato sobre el mantel, comenzó a echarse la comida por encima del traje, sobre la elegante pechera exclamando: «Menja vestit, menja, que és per a tu!». O eso recuerdan en Cabra del Camp, aún.

El Dr. Giné i Partagàs venía de Santiago de Compostela cuando accedió a la Cátedra de Clínica Quirúrgica, en 1871. Dolors debió conocerle en clase, «invoca V. el recuerdo reciente de haber sido alumna mía en los cursos de Clínica quirúrgica», le responderá en una carta. Y es que el Dr. Giné provoca: «¡Progresamos! –dirá en 1877 el periódico *El Siglo Médico*– La ciencia y la profesión médica son deudores al Dr. Giné, catedrático de la Facultad de Barcelona, de la iniciativa de formar en España «doctores hembras» o cosa que lo parezca (...) El sábado último se ha inaugurado una Academia de «Clínica quirúrgica femenina» en la cual tomaron parte sus distinguidas alumnas las señoritas Doña Dolores Aleu, como observadora; y Doña María Helena Maseras, como consultora». Se trataba de que los alumnos, en una ciencia experimental como la médica, participaran activamente, a juicio del

vibrante profesor. Dolors lo escuchaba atentamente en clase, cuando decía, por ejemplo, que en la docencia práctica ... «vosotros los alumnos os responsabilizaréis directamente de los enfermos del Hospital». Los alumnos, ellos, serán los protagonistas en las sesiones clínicas. Deberán presentar al resto de compañeros los casos que han estudiado.

Aleu y Maseras asisten a sus clases. Helena está matriculada por libre, pero algunos testimonios confirman que debió asistir a las sesiones prácticas. En ellas se asignan los enfermos y Dolors se encarga del suyo y presenta el caso ante sus compañeros. El Dr. Giné las ayuda y las avala, se sitúa a su lado y les encargará diferentes casos clínicos, prácticos y teóricos, para que los expongan frente a sus compañeros. Ellos deben convencerse, mediante la constatación empírica que tanto defiende el Dr. Giné, de que sí, de que son mujeres, pero que sus faldas no tienen nada que ver con su capacidad profesional e intelectual. Así, años después, en 1882, el Dr. Giné escribe en respuesta a la carta que Dolors le envía tras terminar su tesis doctoral: «He leído este trabajo, y mi opinión es que debiera V. publicarlo, siquiera no fuese más que para dar patente muestra de que es merecedora del nuevo título académico que de hoy en adelante podrá V. ostentar, y para dejar sentado que hay mujeres españolas dignas del birrete doctoral de la Medicina.»²

En cierta forma, la estrategia del Dr. Giné de encargar los casos directamente a los alumnos era una manera de presentar el caso insólito de una estudiante de medicina como algo normal, al menos, para el resto de sus compañeros. Ninguno de los estudiosos que se han dedicado a estos personajes femeninos de la Historia, como el Dr. Jacint Corbella o el mismo Dr. Hervella, constatan una actitud hostil hacia ellas por parte de los compañeros estudiantes, con alguna excepción, claro está. Con todo, su presentación

pública no estuvo libre de algún que otro percance. Así, sería mejor decir que se presentaron casi normalmente. Digo casi porque, una vez más, la Institución no estaba para bromas de ese tipo —porque a broma debía de sonar—. Fue durante la primera aparición de una de estas dos mujeres, Dolors o Helena, en las salas del Hospital de la Santa Creu. El Prior, el Capellán director del Centro, ordenó inmediatamente su expulsión.

El Dr. Giné es un buen árbol al que arrimarse para Aleu. Estudia duro y él no duda en darle ánimos cuando quiere abandonar: «pero V. a más de darme ciencia, me ha dado muy buenos consejos y sobre todo mucho ánimo en las infinitas dificultades presentadas en mi carrera siendo, en una palabra, el único que ha levantado su elocuente frase apoyando al sexo débil contra los ataques del fuerte»³.

Es sábado, día 23 de noviembre de 1877 y lleva ya tres años como estudiante. El recorrido es



Piso en la actual calle de Sant Domènec del Call nº 11, donde vivía la Dra. Aleu durante su licenciatura

ya más o menos conocido y Aleu apenas repara en él. Estoy casi segura de que ya intuye su responsabilidad. Tal vez porque, a veces, las mismas trabas agudizan ese sentido moral o se vuelve tan consustancial a uno mismo, se interioriza tanto, que se convierte en instinto capaz de ir de lo individual a lo colectivo. ¿Cómo explicar, sino, la tesis de la

futura Dra. Aleu, comprometida con la situación de la mujer profesional? Aparte, claro está, de la influencia de su maestro, el Dr. Giné: «Es necesario demostrar la necesidad de encaminar por nueva senda la educación higiénico-moral de la mujer —dirá, recordando el título de la tesis de Dolors—, porque el principal defecto de todas las civilizaciones y el

coeficiente más poderoso en el atraso de todos los pueblos, ha sido siempre el escaso y aun improcedente cultivo que se ha acordado a las admirables disposiciones intelectuales del bello sexo.»⁴

Ese día de noviembre, Dolors va arrastrando su larga falda por el laberinto del antiguo barrio judío barcelonés, y se le ensucia el dobladillo. Ahora vive en el número 11 de la calle de Santo Domingo del Call, primer piso. Es una mañana histórica: el aula está «llena de bote en bote», como describe *La Independencia Médica*. Camina dirigiéndose al anfiteatro de la Facultad, donde la espera también su compañera de estudios, Helena. Dolors se sitúa frente a sus compañeros y expone la historia clínica de una mujer afectada por un caso de escrofulismo grave. Es clara en su exposición. El Dr. Giné la felicita. El próximo lunes —habrá que recordará— tendrá que volver a repetir.

Ese día se levanta resuelta, porque hay que mantener el nivel y no puede permitirse el lujo de dejar nada al azar. Se defiende bien ante las objeciones de dos alumnos de segundo curso de clínica. Helena, que la observa, también habla en clase: felicita a Dolors, se siente «conquistada» por su disertación. La admira. *El Anfiteatro Anatómico*, desde un artículo titulado «Cositas nuevas» no pierde la oportunidad de dar a conocer su opinión: «Tiempo atrás —vaya en consonancia— afirmaban los periódicos que un doctor extranjero proporcionaba «amos de crío» o nodrizas masculinos por otro nombre. ¿Cuándo van a empezar las quintas para mujeres? El mundo marcha».

Está acabando la licenciatura. Su camino hacia la profesionalidad va tomando forma. En 1878 Dolors participa como consultora en otro caso clínico. Llega al Hospital. Ha hecho el trayecto de todas las mañanas. Pasa por delante de su profesor, el Dr. Formica Corsi y le saluda. El médico la ha visto. Camina hacia la cama de la enferma que le ha sido asignada porque quiere obtener los datos necesarios allí mismo, apoyada en la cabecera. Es una investigación que merece toda la prioridad. Esta vez ella es consultora y tendrá que enfrentarse a un observador, un relator del caso, un alumno, Joaquín Cebeira. Es consciente de que tendrá que defenderse bien, que un error suyo sería visto con

lente de aumento, que cualquier fallo podría desencadenar la burla, la risa, la humillación.

Se prepara, pero no se libra del ataque. Un anónimo, desde el *Anfiteatro Anatómico Español* del 10 de julio acusa a Dolors de que su intervención ante los doscientos alumnos no fue improvisada. El Dr. Formica Corsi debe salir en su defensa: «No crea usted, sin embargo, que los conocimientos expuestos fueran espontáneos, fueron aprendidos en los libros, en los atlas, de boca de los señores catedráticos y de la mía, si no le sabe mal, ya que los conocimientos no son congénitos, sino adquiridos por el estudio, y no tiene cosa que ver el que se estudie antes de hacer una objeción clínica (...) ¿Quién es usted para medir la cantidad de ciencia de ninguna señorita, ni quién le ha enseñado la lógica, que intentando hablar de la Señorita Aleu, la mezcla con las demás señoritas? (...) No es mi ánimo deprimir a ningún individuo del bello sexo, pero ¡ha de ser responsable la señorita Aleu de la aplicación o desaplicación de las demás señoritas?» El Dr. Formica Corsi es tajante. Conoce bien a Aleu.

Publica en forma de artículo su análisis del caso en *La Independencia Médica*. Nuevo atrevimiento, nuevo palo. Joaquín protesta al ver que el artículo de Dolors ha sido publicado antes que el suyo. Es una afrenta directa, una provocación. *La Independencia Médica* defenderá a Dolors enfrentándose a los grandes enemigos de la presencia femenina en la Universidad, a *El Siglo Médico* y *El Anfiteatro Anatómico Español*, a los que «recomienda encarecidamente» leer su artículo antes de denostarla.

El Anfiteatro Anatómico Español responderá con los argumentos de siempre, ya de muchos conocidos y oídos: «No soy yo de los que me opongo a que se deje al bello sexo con la suficiente libertad para dedicarse al estudio de una carrera científica o literaria (...) pero lo que sí me causa molestia es que se pretenda, saliéndose de lo justo, elevar demasiado a unos en detrimento de otros (...)», o bien:

«Aparte de la cantidad de ciencia que la señorita Aleu, y otras puedan tener, aparte de la perfección de que su ciencia sea susceptible, y

aparte de la que en exámenes y preguntas de clase tenga demostrada (...), a qué ese afán de distinguir sobre todos los alumnos a las citadas señoritas», y etcétera, etcétera, etcétera.

Muchos desánimos y eternos problemas con la Administración. Es consciente de resultar un incordio para todos, pero Dolors tiene la mente clara y la conciencia tranquila. Su maestro, Joan Giné, está con ella junto con otros profesores. El progreso, siempre el progreso como causa y bandera. Las mujeres deben acceder a la Universidad por su igualdad de facultades intelectuales: Dolors tiene mucho que demostrar, es ya una cuestión personal como todo para el Dr. Giné: «De la aptitud natural de la mujer para los estudios teóricos y prácticos que constituyen la carrera médica yo soy buen testigo y V. excelente ejemplo. Muestre V. a los que de ello dudaren su brillantísima hoja de estudios: Sobresaliente en todas las asignaturas y premiada, previa oposición, en casi todos los cursos, ¿qué más podría esperarse del estudiante más aplicado y de talento más distinguido?»⁵. Está claro, que fuera hombre.

Ser mujer y profesional. Doctora. Médico. Con consulta. Pero *las labores*. La casa. Casarse. Dolors negociará interiormente el modelo burgués de la domesticidad con sus propias aspiraciones. Dicen de ella que era una excelente bordadora y debía serlo. Aún hoy se puede comprobar su destreza en los restos que quedan: un tapiz de la Adoración de los Magos, un pañuelo y una toalla⁶. La reputación es un valor primordial y al igual que las escritoras isabelinas (Pilar Sinués, Faustina Sáez de Melgar, Ángela Grassi) que precedieron a esta nueva mujer profesional, casarse es rito obligatorio no para defender, sino para asegurarse una reputación.

Un mundo afuera que se mueve. Más allá del aula, de la clase y de la casa sigue estando perfectamente delimitado el mundo de los hombres. La historia de una redada. Casualidades de la vida. *El Telégrafo* cuenta que el «Alcalde popular» Joan Aleu ha sorprendido «una banca» en un piso de la Rambla, con noventa jugadores. Uno de los muchos que logran escabullirse es su marido: Camilo Cuyàs i Martí. No sabemos cuándo ni cómo Dolors y Camilo se conocieron. Él tomaría la

decisión de quemar la correspondencia y los papeles privados de su esposa, cuando enviudó⁷.

En 1878 Dolors tiene el último examen. De nuevo hay que pedir permiso al rectorado para examinarse. Cada año se pedirá permiso. Por fin, sólo queda un trámite: pedir el grado de licenciado, la última prueba que debe certificar su validez profesional. Pero su licenciatura tardará en llegar.

El tiempo apremia y Dolors no tiene ninguna intención de quedarse quieta, esperando. No es mujer *ventanera*. De manera que decide doctorarse. Corre el año 1879. Como no, el Dr. Giné será su director de tesis, el único tal vez con la capacidad suficiente para ayudarla en su tema y con el interés de demostrar empíricamente al resto del mundo su teoría sobre la igualdad de las capacidades intelectuales de la mujer y del hombre. Por aquellos años solo la Universidad Central de Madrid estaba autorizada a ofrecer el más alto nivel académico. Una vez la documentación llega a Madrid, el Rector —cómo no— deniega la solicitud. No se considera, argumentará este buen hombre en una carta que envía al Director de Instrucción Pública con fecha del 6 de octubre de 1879, con «autorización bastante para admitir matrículas en la Facultad a personas de sexo femenino por el silencio que sobre este punto guardan las disposiciones vigentes».

Aleu solicita el grado de licenciado el 2 de junio de 1880 y espera. En cambio, el 1 de octubre de 1881 se le concede la respuesta afirmativa para empezar los cursos de doctorado: «no puede negársele la matrícula en las de Doctorado que ha pedido en tiempo hábil, sin perjuicio de lo que se resuelva acerca de los títulos profesionales», pero todavía sigue sin poder licenciarse. Pasan tres años desde que acaba la carrera hasta que se le concede el permiso para presentarse a los exámenes de grado, el día 4 de abril de 1882.

Será un buen año para Dolors. El 19 de abril supera la primera prueba. Al día siguiente, supera la segunda. El diagnóstico que hace del paciente asignado es correcto. Merecerá la calificación de sobresaliente. Un par de semanas más tarde, el día 6 de mayo, se expide su título de licenciada. Dolors

Aleu es médico por fin. Entretanto, se convierte en la primera mujer miembro de la Sociedad de Higiene de Francia, porque después de una larga discusión se la ha aceptado como miembro asociado extranjero. Pocos meses después, el 6 de octubre de 1882, presenta su tesis doctoral y el día 12 de octubre *El Liberal* da noticia de su acto de investidura como doctora. Dolors Aleu es Doctora en Medicina. Es también un año en el que publica su libro *Consejos a una madre sobre el régimen, limpieza, vestidos, sueño, ejercicio y entretenimiento de los niños*, junto con algunos artículos en la revista que dirige su mentor, el Dr. Giné, en *La Independencia Médica*.

La Universidad Central de Madrid, sin embargo, decepcionará a la futura Doctora. Lejos del brazo protector del Maestro y de los profesores que se desafían desde las páginas del periódico por proteger su dignidad de alumno no se la recibe como cabría esperar, es decir, como un alumno más, y le escribe al Dr. Giné:

En esta he encontrado —me ruboriza decirlo— quien se complacía en herir mi susceptibilidad de mujer o en mortificar mi dignidad de alumno para que en un momento malograrse quizás el fruto de largos años de estudios y de afanes; en esta he hallado desengaños, donde creía debía haber lealtad; desfallecimientos, donde pensé encontrar estímulos; pasión, donde solo debe resplandecer la justicia, y doquiera contrariedades y asechanzas.

Pero, en medio de estos males, una cosa me consuela, mi ilustre Maestro, y es que midiendo su importancia por la de sus autores, encuentro que, pasado el peligro, poca mella han dejado en mi ánimo, a lo cual contribuye poderosamente, sin duda, la consideración de que quienes más se han esforzado para amontonar obstáculos en mi carrera, han sido precisamente los que, más que a

la OPOSICIÓN, deben a otros resortes la cátedra que desempeñan.⁸

No eran flojos los ataques que recibía mientras estudiaba en Barcelona. Era más joven y presumiblemente más susceptible, tuvo momentos de desánimo, es cierto, pero a todo se sobrepuso. ¿Qué ocurrió exactamente en la Universidad Central de Madrid para que Dolors hable así? Es una mujer que se curte con la descalificación y se crece con el insulto. A veces pasa que el desafío se vuelve reto y el reto en orgullo y espíritu de superación.

Su especialidad será la Ginecología y la Medicina infantil. Cuestión de utilidad y bien social. Las mujeres sufren interminables enfermedades ginecológicas y dolores mal diagnosticados sólo por el absurdo del pudor. Las mujeres necesitan de otras mujeres que las puedan examinar y atender. Aleu será en este sentido el médico que la sociedad necesita.



La escritora Concepción Gimeno de Flaquer afirmaba que mientras el hombre siente nostalgia por lo que fue, la mujer siente nostalgia por lo que debería ser. Una noción esencialista, sí, es verdad, sobre una virtud asociada al ser femenino que es el compromiso con los otros. Si bien, las *esencias* desde una perspectiva ontológica han traído mucha, larga y compleja discusión, en el contexto decimonónico, la definición de la *esencia* femenina es un tema candente, y darle cuerpo al alma de la mujer, una necesidad emergente. El compromiso social forma parte, en este discurso, de la esencia de este alma y desde ahí Dolors Aleu fue la hija progresista de su siglo, el producto tangible del discurso feminista decimonónico. Un discurso que se debate y radicaliza entre el «ángel de hogar» y la herencia del ya implantado sistema burgués que exige la educación como prerrogativa. Sin embargo, ella da el paso al frente hacia la profesionalidad: «(...) y si tantos afirman que la mujer lleva en su seno el porvenir de

la sociedad y que esta no tendrá nunca más progreso social que el que se deberá a nuestro sexo, ¿por qué negarnos o limitarnos el derecho a la instrucción?»⁹

Dolors está en Madrid, en 1882, donde redacta su tesis, pero la vida sigue, la vida privada quiero decir, porque ese año también está preparando su boda. La historia de una mujer universitaria que conoce a un hombre, con el que se casa. Una historia corriente y al mismo tiempo distinta, vulgar y especial, como todas. Sólo que con sabor a polisón, a camafeo, a crujir de enaguas y tafetanes. Cuesta imaginar a una Dolors encorsetada, con libros bajo el brazo junto a un chico, a su prometido. Hay algo extraño, que suena a paradójico o excluyente entre un corsé y un libro de medicina y, sin embargo, así fue.

Juegos malabares. Con una mano redacta la tesis doctoral, con la otra prepara su boda, desde Madrid. Lee la tesis titulada *De la necesidad de encaminar por nueva senda la educación higiénico-moral de la mujer*, recibe su investidura como doctora y regresa a Barcelona. Eso fue llegar y besar el santo. La boda con Camilo Cuyás i Martí, un año mayor que ella, se celebró el miércoles 14 de octubre en la Parroquia de Betlem en Las Ramblas, en Barcelona. Tenía 25 años. Camilo no era lo que se entendería por entonces *un buen partido*. Aunque era de una rica familia burguesa, propietaria de una empresa textil, no era el *hereu* y tampoco dispuso en ningún momento de un mediano capital. Asiduo a la Bolsa, Camilo Cuyás es un hombre aficionado al juego, a darse tono en las fiestas de sociedad y a asistir al Liceo, donde disponía de palco en propiedad. Él asiste regularmente y se queda hasta el final de las representaciones. Dolors, por el contrario, se retira temprano, porque a la mañana siguiente se debe a su consulta.

Dos éxitos en 1883, uno para cada una de sus dos vidas: nace su primer hijo, Camilo. Lleva un año

ejerciendo la medicina, y un nuevo logro académico: publica su tesis en la tipografía de la Academia.

La nueva residencia familiar no está muy lejos, en el número 14 de la Rambla de les Flors. Allí abre su primera consulta. Atiende a todo tipo de mujeres, damas de la aristocracia y de la burguesía

pero también a las más «interesantes»: cantantes, madres sol-teras, prostitutas. Será una de ellas la que le dirá *sotto voce*, en la consulta, que ha visto a su padre frecuentar los burdeles de la zona. Una noche, Dolors manda preparar el coche y sale a buscar a su padre. Moral y ciencia. El fantasma de una enfermedad la preocupa y eso es motivo suficiente para empujarla a buscar a su padre. Por supuesto que lo encuentra y su padre no volverá, según aseguran sus tataranietas, a frecuentar los prostíbulos.



Rambla de Catalunya nº 31, donde Dolors Aleu atendía sus consultas

Aleu queda emba-razada de nuevo. Su segundo hijo se llamará Joan. Los niños no pueden quedarse en casa y se los lleva a sus consultas. Porque Dolors ha abierto una segunda en el número 31 de la Rambla de Catalunya. Habilita una habitación exclusiva para ellos, para Camilo y Joan, y allí juegan mientras la madre trabaja. Conocemos su despacho por algunas fotos. Una silla o sillón con el respaldo alto, de madera labrada. Detrás queda su biblioteca. A su izquierda tiene una lámpara de mesa; enfrente, la pluma con la que firma las recetas; más a su derecha, papeles. Viste de negro y lleva el moño más alto. Broche, encaje en el cuello, cuerpo ceñido de corsé. La falda, poco a poco, irá perdiendo tela y vuelo, se hará más cómoda para moverse con soltura. Recibe a sus pacientes, aquellas mujeres que no confiarían su intimidad a un hombre, y a aquellas cuya intimidad ningún hombre querría conocer. Todas confían en ella.

Atiende las consultas y luego va andando hasta la Casa de la Caritat, donde ayuda como médico. Organiza su agenda: es profesora en la «Acadèmia per a la Il·lustració de la Dona», unas calles más arriba, en la Rambla de Canaletes, en el número 10.

Por la noche llega cansada a casa. Después de cenar su marido sale, como era frecuente entonces, tal vez al Liceo o a saber. Pero el trabajo y los hijos son las coordenadas en la vida de Dolors, los éxitos de su doble vida: una, nueva; la otra, antigua; ambas fundidas en una modernidad que huele a armario cerrado, a encaje y a pomada de violeta para el cabello. ¿Puede confiar en Camilo para la educación de los hijos? La verdad es que no demasiado. Habrá que costearles los estudios, una buena educación es siempre la clave del progreso. Y allí, Camilo, el niño mayor en un camino que hasta no hace mucho era insólito, y hoy sigue sin ser corriente: sigue los pasos de su madre. Joan, en cambio, estudiará Ingeniería Industrial.

Hace falta dinero, para eso hay que invertir.

La inmobiliaria es un negocio prometedor y Dolors compra varias fincas en Barcelona. Todavía, hoy, en la calle Tiradors puede verse un edificio con las iniciales en la puerta: D.A.

A medida que sus hijos crecen le inquieta su formación sexual y recurre a la escritura para transmitirles sus conocimientos pero también su preocupación por las temidas enfermedades venéreas. Sentada en su escritorio, escribe de un tirón los *Consejos de una madre a sus hijos*, que dedica a Camilo y a Juan¹⁰. Proteger a sus hijos de los males sociales, conservar su moral como dique impene-

trable a las perturbaciones de las malas amistades, de los vicios que acechan las buenas costumbres, las formas que no sólo deben aparentarse sino vivirse a partir de «una buena educación cristiana» que Dolors considera insuficiente¹¹. Aporta lo que tiene, lo que sabe, es la mujer que ofrece su ciencia a los hijos con un fin, o con un principio: «Con las relaciones sexuales se pueden adquirir enfermedades terribles y os quiero enterar algo hijos míos porque mis avisos os sirven en la nueva senda más libre que habéis empezado: ya sé que la educación moral y cristiana que os hemos dado serán una buena barrera contra la invasión de ese mar de peligros que os esperan pero las pasiones y los amigos tienen tanta fuerza que es mi obligación poner todas las contra-barreras posibles.» La madre responsable, siempre responsable.

Camilo es su preferido, es *l'hereu*. No sólo lo será del patrimonio que Dolors va formando, no el de las fincas, Camilo es *l'hereu* de su tradición, de la tradición materna. Un hijo que quiere emular a su madre, que estudia medicina y es buen estudiante. No cuesta mucho imaginar lo que debió significar para la primera doctora en medicina en España, justo en el cambio de siglo. La posibilidad de que una mujer fuera el modelo a imitar por el

hijo, varón para más señas. ¿Debía consultar este hijo a su madre durante la carrera de medicina? ¿Le pediría consejo? ¿Decía Camilo, en la facultad, que venía de familia de médicos pero que la médica era ella?

Una ciencia vista en términos universales, teleológicos, como sinónimo del progreso necesario e inevitable al que hay que empujar. Un orgullo que ha valido la pena, ver a su hijo proseguir con la tradición. Pero la peor noticia que recibirá Aleu en su vida está a punto de producirse. En 1905 morirá Camilo, con 23 años. Ya estaba trabajando de



interino en el Hospital Clínic, en Barcelona, cuando contrae una tuberculosis galopante contra la que nada se puede hacer.

Ese día el reloj de Aleu se detiene. Parece que el mismo progreso frena y pierde su sentido, de algún modo se descalabra. El principio de aquel nuevo modelo, una tradición materna, una madre como *patriarca* de una futura dinastía de médicos, ya no es ni será. Dolors Aleu, con 48 años, cae en una profunda depresión de la que no conseguirá recuperarse.

Decide cerrar las consultas de la Rambla de les Flors y de la Rambla de Catalunya pero ¿qué puede hacer? Se traslada a la que había sido residencia de verano de sus padres, la Torre Aleu en el Barrio de la Salut de Barcelona. Sigue trabajando. Poco remedio queda cuando el trabajo se ha hecho costumbre, y la actividad le hará bien, mantener la cabeza ocupada pero sin presiones. Atiende algunas consultas especiales y no abandona la beneficencia.

Pero queda Joan. A finales de 1907 Joan le plantea un proyecto a su madre. Se trata de una empresa en el ramo del textil. Ya ha hablado con Leoncio del Río y con Pedro Pascual, sólo falta el capital para constituir la empresa como Sociedad Colectiva. Dolors tiene que pensárselo, y le promete a Joan que hablará con Camilo. Su padre da el visto bueno y Dolors da a su hijo el dinero en

metálico como préstamo. La Empresa textil «Industria del Tejido Cuyás» queda fundada el 18 de enero de 1908 y refleja en su escritura de constitución la aportación materna. La empresa, por cierto, prolongaría su actividad por espacio de tres generaciones más.

Dolors tiene cincuenta y cinco años cuando muere en su Torre el día 19 de febrero de 1913. *La Vanguardia* ofrece la necrológica. Se le rinde homenaje en su entierro. Se preparan coches desde el Paseo de Gracia hasta el barrio, hasta la parroquia de Sant Joan, en la actual plaza de la Virreina, donde se oficiará la misa: asisten huérfanos de la Casa de la Caridad y personalidades célebres. Un tiempo se cierra. Ya otras mujeres, pocas aún, van ocupando asientos en las aulas universitarias, en diversas facultades. Aún queda mucho por hacer. Dos años antes, en 1911, tres estudiantes universitarias habían sido víctimas de la violencia de sus compañeros en la Universidad de Barcelona: ellas ya no llevaban escolta.

Mis agradecimientos a los que han colaborado en este trabajo, cuyas aportaciones han sido indispensables y alentadoras. Al profesor Claudio Lozano, a las descendientes de la Dra. Aleu, Dolors y Elena, a Rosa Canela y al Sr. Grimau de Cabra del Camp, al Dr. Jacint Corbella y a Ubaldo R. Olibero.

Bibliografía

- ALEU I RIERA, Dolors, *Consejos a una madre sobre el régimen, limpieza, vestidos, sueño, ejercicio y entretenimiento de los niños*, Barcelona, Imp. Ignacio Oliveres, 1882
- _____, *De la necesidad de encaminar por nueva senda la educación higiénico moral de la mujer*, Barcelona, tip. de La Academia, 1883.
- _____, *Consejos de una madre a sus hijos*, manuscrito inédito.
- ÁLVAREZ RICART, María del Carmen, *La mujer como profesional de la medicina en la España del siglo XIX*, Barcelona, Anthropos, pp. 134-138.
- AUSÍN HERVELLA, J.L., *Dr. Giné i Partagàs (1836-1903)*. En *homenatge*, Barcelona, Col·legi Oficial de Metges de Barcelona, 2003.
- CAMPS I LASA, Judith, «Aportació al coneixement de la Doctora Dolors Aleu i Riera. *Metgessa catalana (1857-1913)*», en *Gimbernat 2000*, 34, pp. 165-176.
- CORBELLA, Jacint, *Història de la Facultat de Medicina de Barcelona 1843-1985*, Barcelona, Fundació Uriach, 1996.
- CORBELLA, Jacint i Edelmira DOMÈNECH, «Los aspectos sociales de la actividad médica del doctor Giné i Partagàs» en *An. Med. Cir.*, 1969, 49 (215), pp. 335-340.
- _____, «Una quesito de prioritat: Helena Masseras, Dolors Aleu, Martina Castells» en *Actas I Congrés Internacional d'Historia de la Medicina Catalana*, Vol. I, Barcelona, Laboratoris J. Uriach, 1971, pp. 139-142.
- _____, «Metgesses a l'antiga facultad de Medicina de Barcelona del Carrer del Carme» en *Gimbernat 2000*, 33, pp.203-220.
- DOMÈNECH, Cristina, «La Dra. Aleu, la primera metgessa d'Espanya» en *La Costa*, maig 2005, 99.38-40.
- FLECHA GARCÍA, Consuelo, *Las primeras universitarias en España*, Barcelona, Narcea, 1996.
- MAGALLÓN PORTOLÉS, Carmen, *Pioneras españolas en las ciencias. Las mujeres del Instituto Nacional de Física y Química*, Madrid, CSIC, 1998.
- PÉREZ PRIÓ, Emili, «Les tres primeres metgesses catalanes» en *D'Ací d'Allà*, , desembre 1919, pp. 1118-1120.

Notas

¹De la entrevista que mantuvimos con el Sr. Joan Grimau el día 10 de febrero del 2006. Se trata de uno de los habitantes más ancianos del pequeño pueblo natal del Dr. Giné i Partagàs, Cabra del Camp (Tarragona). Todavía conserva vivo el recuerdo del polémico doctor, cuyas acciones y palabras eran sabidas y comentadas por los convecinos de su tiempo, y que él pudo conocer durante su infancia y primera adolescencia. Ante la falta de un legado personal del Dr. Giné i Partagàs, perdido por los excesos de su hijo Artur Giné, esta entrevista nos ha facilitado un perfil más personal que académico del doctor, acorde con la línea de este trabajo. Agradecemos pues a Joan Grimau, y a Rosa Canela, jueza de esta población, que permitió que nos pusiéramos en contacto con él. La entrevista se conserva transcrita en el Archivo de la Memoria de la UEB.

²ALEU RIERA, Dolors, *De la necesidad de encaminar por nueva senda la educación higiénico-moral de la mujer*, Barcelona, Tip. de la Academia, 1883. Carta en respuesta a Dolors Aleu del Dr. Giné i Partagàs, fechada en Barcelona el 16 de octubre de 1882. Se hizo pública en su tesis de doctorado.

³ Carta dirigida al Dr. Joan Giné i Partagàs. También se hizo pública como prólogo en la tesis citada. En *Ibid.* p. 9.

⁴ Cfr. nota 2, p. 14.

⁵ *Ibid.* p. 15.

⁶ Legado personal de la familia Aleu. Agradecemos a Dolors y a Emilia Cuyás Robinson, biznietas de la doctora, el dossier con información y fotografías que han legado al Archivo de la Memoria de la UEB. Una aportación que ha resultado crucial en la elaboración de esta biografía.

⁷ Información obtenida a través de la entrevista que mantuvimos con Dolors y Elena Cuyás el día 24 de enero de 2006.

⁸ Cfr. nota 3, pág. 10-11.

⁹ ALEU Y RIERA, Dolors, *ob.cit.*, p. 31

¹⁰ Agradecemos a la familia Aleu que nos facilitara una copia del escrito, uno de los pocos vestigios disponibles de su legado profesional.

¹¹ ALEU RIERA, Dolors, *Consejos de una madre a sus hijos*.